

raíso. Ellos han querido estar presentes en estas Bodas de Plaa, para rendir así un justo homenaje a esta escuela, que nos dió las primeras enseñanzas necesarias a nuestra formación.

Hace 16 años que el que habla abandonó estas aulas, y, en este tiempo se han presentado cambios que es necesario destacar: Ya no está la casa central de calle O'Higgins, ni el viejo pabellón de Anatomía, ni el vetusto hospital donde por primera vez tomanos contacto con el enfermo. En su lugar se alzan modernos Institutos que dan comodidad a maestros y educandos.

Pero ha permanecido inalterable el espíritu que anima a los que con visión del futuro, orientaron esta escuela. Nada más sensato nos parece hoy, que el haber relacionado la enseñanza teórica de las aulas con la apreciación objetiva de los hechos clínicos. Las reformas experimentadas en los últimos años por la enseñanza oficial, que lleva a los alumnos del tercer curso a las salas de Hospital, dan la razón a los que así pensaron.

Recordados maestros, médicos, compañeros y estudiantes de esta joven y generosa Universidad os ruego aceptar el homenaje de sincero afecto y gratitud que significa esta placa, que pongo en manos del señor Decano. Ella envuelve los deseos de que esta escuela perdure a través de los años para seguir desempeñando su noble misión cultural y científica.

DISCURSO LEÍDO POR EL EX-ALUMNO DR. ANTONIO DEL SOLAR,
DE SANTIAGO

Señor Rector de la Universidad, señor Decano de la Facultad de Medicina, señor Director de la Escuela, señoras, señores:

Hace veintidós años, casi en la adolescencia, un poco atemorizados y curiosos cruzábamos por primera vez las puertas de esta casa, dispuestos a realizar en ella un anhelo que alentábamos desde la niñez.

Esta Escuela Médica había sido fundada sólo tres años antes

por un grupo de hombres visionarios y esforzados, cuyos nombres prefiero omitir por temor de olvidar alguno. La empresa había despertado cierta desconfianza, pues parecía desmesurada para una ciudad pequeña y para una Universidad joven y sin tradición científica.

La Escuela era en aquellos años casi un símbolo en lo material. Sus locales y laboratorios eran prestados de otras Escuelas Universitarias y su modestia, pobreza y estrechez realmente no despertaban nuestra admiración.

Desde las Cátedras dictaban sus primeras lecciones Santa Cruz, Grant Benavente, González Pastor, Ríos, Solevicens, Gálvez, Vergara, Wilhelm y otros.

Poco más tarde, miembros eminentes de Universidades Europeas, como Lipschütz, Herzog, Henckel y Castelli venían a completar su personal docente y aportaban la tradición científica del viejo mundo.

De esta manera, en los Laboratorios comenzaban a realizarse trabajos originales de investigación a la vez que se fundaban sociedades científicas y aparecían las primeras publicaciones.

El naciente plantel coadyuvaba así a que la Universidad cumpliera su papel de tal en el amplio sentido de la palabra, contribuyendo no sólo a la formación de profesionales competentes, sino también impulsando en forma efectiva el progreso de las ciencias biológicas.

Es así como el prestigio de la Escuela pronto sobrepasó los límites del país, adquiriendo renombre internacional. Con razón, ya en aquellos años, decía el recordado profesor Lucas Sierra que así como pronto la Universidad de Lyon provocaba la envidia de la Universidad de París, así también entre nosotros, la de Concepción la despertaba en la del Estado, en la cual aquel maestro profesaba con singular brillo la cátedra de Clínica Quirúrgica.

La enseñanza esencialmente objetiva en las Ciencias Biológicas básicas proporcionaba una solidez de conocimientos

que la experiencia profesional posterior nos oblgia a reconocer ampliamente. Por otra parte, más adelante, el aprendizaje de la clínica era guiado también por un espíritu práctico, haciendo del enfermo el objetivo primordial y de la doctrina, siempre mutable, el secundario, y cuyo verdadero valor sólo en estos últimos años se ha venido a imponer en todas partes.

De nuestro lado, el ambiente acogedor y apacible de la ciudad, la agradable camaradería entre profesores y alumnos, nos hacen recordar aquellos años de primera juventud como de los mejores de nuestra vida.

Con el curso del tiempo ya son muchas las generaciones de médicos que desde diferentes puntos del país observamos con satisfacción y orgullo el progreso creciente de nuestra Escuela.

Hoy día, después de muchos años de ausencia y no sin honda emoción, hemos visitado los magníficos Institutos y el Hospital Clínico que despertarían la envidia de cualquiera Universidad Centenaria y así hemos podido apreciar toda la magnitud de la labor cumplida; hemos ocupado los bancos que otrora usáramos como alumnos y hemos sentido frente a nosotros las sombras de los maestros que dieron a esta Casa lo mejor de su inteligencia y esfuerzo y que ya pagaron su tributo a la muerte: Santa Cruz, Fischer Klein, de la Fuente, Moraga Bello, Burmeister.

Señores: la medicina ha alcanzado su mayor edad. Nadie discute que en sus aspectos preventivo y curativo contribuye efectivamente a proporcionar al hombre de nuestro siglo una vida más segura, en su lucha contra la enfermedad y contra la muerte. Ello se debe al esfuerzo constante de muchos hombres que en diferentes puntos de la tierra trabajan calladamente por el progreso de la ciencia. El acervo de adquisiciones que cada día llega a nuestras manos ávidas es algo superior a lo que la mente humana es capaz de albergar.

La medicina de nuestro país no es extraña a este progreso, a pesar de nuestros magros elementos materiales, la multiplicidad de sus valores le da un ello singularmente brillante. Esto

es en gran parte el producto de una enseñanza médica bien orientada y realizada.

Ahora bien, los hombres que fundaron este plantel hace veinticinco años y los que ahora forman su cuerpo docente, han contribuído con honradez, inteligencia y desinterés a la difusión y progreso de esta ciencia útil y apasionante que es la medicina. A ellos he venido a rendir un homenaje emocionado de gratitud y admiración.